

La linda Susana

MARCO AURELIO CARBALLO

A la entrada a los camerinos estaba un joven como de dos metros, de traje y cráneo a rape. Me dijo dónde estaba Susana Alexander, entre bambalinas. La primera concursante iba a empezar pronto. Susana había ofrecido escucharlos y hacer comentarios, sin formar parte del jurado. En cuanto nos vimos, ella se acercó exultante, como siempre, y dijo que veinte años después ya no tenía aquella perra. Quién sabe qué cara puse. Entonces remató, ahora tengo varias, muchas, y estalló en risas.

Había llegado a su casa del DF a entrevistarla y cuando me abrieron la puerta la perra se me lanzó al pecho y estuvo a punto de tirarme. Repuesto, pensé de prisa en cómo neutralizar las tarascadas a los bajos. Desde que caí tumbado por un perro policía a mis diez años de edad, juré que nunca más...

Para exorcizar el episodio, antes de la entrevista con Susana Alexander, describí la escena con la hija de perra. Después encontré a Susana en un guateque de El Búho, el suplemento cultural de Excelsior, dirigido por René Avilés Fabila (RAF). Ella estaba exultante y energética. Había reído mucho con la entrevista, dijo.

Ahora, en el Teatro de la Ciudad de Tapachula, al oír mi nombre como parte del jurado de declamación, Susana me mandó llamar. Iba preparado, no con traje de bombero, manguera y hacha, en caso de una embestida perruna, sino con un ejemplar de Los atrevidos, mi libro de entrevistas publicado por la UAM-Xochimilco, cuando RAF estuvo a cargo de Publicaciones. A Susana le dio gusto recibirlo. La abracé y hablamos rápido de los años transcurridos y de cómo se veía en la foto del libro, linda. Pero debíamos volver a nuestros respectivos puestos. Ella entre bambalinas y yo con los jurados Tere Díaz Prats y Martín Montaña.

En su momento, Susana Alexander criticó vehemente estos concursos por la extensión de los poemas, los aspavientos que van por acá y el poema por allá, el engolamiento... Los premios fueron una computadora, un viaje para dos personas a Huatulco y una vaina, una cápsula, un Ipod. ¿Evolucionarán los muchachos? Uno por ciento.

El maestro de ceremonias Daniel García Albores anunció el espectáculo "Las mujeres no tenemos llenadero" ante mil dos-

cientos ochenta y cinco asistentes. La entrada había sido gratis, patrocinada por la secretaría de Vinculación Ciudadana y Promoción Humana a cargo de Alfredo Cruz Ovando; del director de Cultura, Martín Montaña (el organizador), y con el apoyo de Laura Dalila Cancino Gordillo, coordinadora de Enlace entre el Coneculta y el ayuntamiento de Tapachula.

Dos varones obtuvieron el primero y segundo lugares y una chica el tercero. De ochenta y nueve concursantes, hubo ocho finalistas, estudiantes de secundaria, prepa y universidad. Martín Montaña, presente en las eliminatorias, admitió que son los maestros quienes proponen los poemas y dan las indicaciones sobre cómo declamar. Dos jovencitas compitieron con "La india" y se anularon entre sí. El público aprobó los resultados y, quienes no, aplaudieron las críticas de Susana Alexander.

En su monólogo, ella entrevera poemas o fragmentos de prosa de autores de provincia. En Tapachula, leyó textos de José Antonio Flores, habitante de la soledad, dice él mismo.

La escenografía consiste en una mesa con libros y un florero. En el principio Susana exhibe una pinza de madera para colgar ropa. Ataviada con gasas holgadas y de color pastel y con sandalias y medias, para desplazarse a gusto, muestra el admnículo y pregunta si ven de qué se trata. La respuesta afirmativa del público femenino se escucha a coro. Bueno, explica la Alexander, voy a usarlo si suena un celular. A los hombres, en un testículo y a las mujeres en un pezón. Las risas y los aplausos se desgranaban. Todo un éxito.

Al día siguiente dos personas pasaron por mí a las suites Los Arcos para llevarme al aeropuerto. ¿A qué hora despegaba mi avión? ¿Era vuelo directo? ¿Iba al DF o a Tuxtla? Demasiadas preguntas para quien está acostumbrado a hacerlas. Reconocí al muchacho como de dos metros, cráneo a rape. Él trabajaba en el ayuntamiento, no como guardaespaldas de Susana Alexander. Había quedado en llevarle una maleta al aeropuerto pero tuvo un problemilla (?). ¿Podía llevársela yo? Imposible. Nos encontrábamos de súbito cada veinte años recorriendo la legua. No tenía el número telefónico de doña Susana y la resguardaba un cerco de perras.

Abatido, Cráneo Pelón, rodillas a la altura de su quijada dentro del coche, se puso a cantar entre dientes. ¿Terapia personal? Vi pasar a la derecha los palos de mangos y a la izquierda un elefante blanco. Toño Pérez, al volante, trataba de hallar posibles soluciones. La alternativa era mandarle a Susana el maletín por servicio de correo exprés. Íbamos a la mitad del camino cuando recordé que había dejado mi mochila. Casi casi me puse como

debió ponerse Susana Alexander en cuanto supo de la falta de su maleta con libros, incluido *Los atrevidos*. Cráneo Pelón rió como si midiera un metro.

El padrazo Mejido

Hace años Manuel Mejido publicó su libro *Camino* de un reportero y le hice una entrevista para el semanario *Siempre!* La cita fue en su casa y, nada más estar de pie ante la entrada, vi que entrevistaría a un periodista triunfador. Habíamos coincidido años antes en *Excélsior* y estuve consciente de que cualquier proximidad con Manuel Mejido iba a instruirme. Por él en sí mismo y porque provenía de la escuela de Carlos Denegri, el legendario reportero. Carlos Denegri era el reportero del director, un status al que aspiraba todo reportero en la liza por ser la estrella, si no del mundo, de su propio periódico.

Hice aquella entrevista y se me grabaron ciertos detalles, recuerdo. Manuel Mejido había hecho realidad un sueño reporterial, tener cantina o bar propio. No una barra de esas de súper, de aserrín apelmazado. No, era una señora cantina o bar con la parafernalia inherente al trago. Con un solo problemilla. Ventaja más bien. Manuel Mejido no tomaba ya. Cuando él lo dijo, yo murmuré, qué bueno porque sesenta y seis por ciento de mi promoción reporterial estaba muerto a causa del alcohol, León Roberto García y Antonio Andrade Romero.

Manuel Mejido me contó que llegaba al extremo de meter al refri media docena de botellas de champaña para bebérselas el fin de semana. Pero las metía abiertas... ¿Abiertas? Sí porque ya desburbujeadas la champaña se transformaba en un vino blanco sin igual para él.

Mi promoción perdida de reporteros y Manuel Mejido y otros más abandonamos *Excélsior* en 1976. Unos diez años antes, yo había conocido a Mejido en una gira priísta por Campeche. Desde luego estuve observándolo como hubiera querido observar a Denegri para ver qué les aprendía. Denegri y yo coincidimos en una gira presidencial. Él usaba unas libretas tamaño carta y escuché la versión de que solía viajar con una enciclopedia dentro de un baúl. Proveniente de la fuente policíaca (ayudante del ayudante del reportero), me negaba a usar la libreta de taquimecanografía, tamaño esquila y engargolada. Prefería las cuartillas plegadas a lo largo en cuatro partes. Ya de viejo hice el intento con las libretas pero mejor decidí quedarme con la libreta de secretaria. En cualquier desenfreno perdía mis cuartillas con anotaciones.

Cierta vez me ordenaron en *Excélsior* un reportaje sobre turismo. Había que ir a las playas, a la montaña y al México pro-

fundo en un recorrido tan hedonista como paradisiaco. El subdirector me dio uno de la docena de asuntos propuesta por Mejido. Él decidió efectuar otros cinco o seis de los temas por considerarlos de mayor importancia. Puta, me dije. Pues ¿cómo serán los otros si el mío parecía un traje hecho a mi medida?

Cuando salimos de *Excélsior*, Manuel Mejido integró un equipo de reporteros para asuntos especiales de *El Universal*. Me invitó pero le quedé mal. Supuso que renunciaba por falta de lana y consiguió para mí una quincena adelantada. Pero no era eso, fue un ataque de neurosis depresiva canija. Aparte de haber perdido nuestro diario, no “me hallaba” en la casa de enfrente. Justo como las sirvientas. Reporteaba y escribía y de aquí a que se publicaba, transcurrían varios días, mientras el dueño (empresario) aprobaba mi entrevista o mi reportaje. ¿Adónde había ido a parar?

Meses después, en *Unomásuno*, donde me sentía como pez en el agua, recibí la visita de un cobrador, un enviado de Estela, esposa de Manuel Mejido. A él le habían descontado mi adelanto. Así que pagué la deuda con gusto pero también con vergüenza.

Quién sabe si lo del reportaje de turismo fue una lección indirecta de Manuel Mejido pero sí puedo decir que resultó una distinción pertenecer a su equipo de reporteros en el exilio, no importa que durante una quincena incompleta.

Acabo de recordar con gran afecto a Manuel Mejido porque Miguel Reyes Razo le hizo una entrevista para *ABC radio*. Por falta de tiempo, hablaron sólo de la cobertura de Manuel Mejido al golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende. Fue una gran lección de su parte para este alumno suyo. Espero que no demasiado tarde. Un reportero sin suerte es un pobre reportero, certifiqué, y la suerte se encuentra siempre en el lugar de los acontecimientos.

Aquella noche, cuando salí de su casa, luego de entrevistarlo y de cenar platillos selectos de la cocinera, bajo la batuta de Estela, me dije que Manuel Mejido era un reportero realizado y un excelente padrazo, aun con el logro tardío de la cantina. Insisto, qué bueno.

Me asombró que además hubiera construido en su casa una discoteca para sus hijos. Desde la recámara, leyendo algún libro de su predilección, Manuel Mejido solía echarle un vistazo de vez en vez a la pantalla de circuito interno de televisión, a fin de ver cómo iba la cosa en la disco exclusiva.

La Cuca, el engasado, el señor Macús y de cómo escribiendo se mantiene a raya la locura

En casa jamás ondearon las mangas vacías del espantajo de la locura para reducirnos al buen comportamiento. Tampoco poblaron mis pesadillas infantiles ninguno de los monstruos de la gale-

ría soconusquense, o de más allá de los confines. Dudo de que mis tres hermanos menores hayan sido pasto de tales torturas de la imaginación, a esa edad en su plenitud. Eran innecesarias, teníamos a nuestro ogro, papá.

Sin embargo, durante la niñez el pavor a las enfermedades sí anidó en el rincón más profundo de mi espíritu. Por eso tuve leucemia de niño... De adolescente, la Plebe de Barrio Nuevo te espantaba con la Cuca. No era ningún animal con atributos demoníacos, era un señor mampo vestido de negro, rezago de la zona roja del barrio. Él iba y venía con un bastón oscuro y delgado en cuyo interior guardaba un verdugullo. Con esa arma, la Cuca sometía a los chamacos reacios a prostituirse, te aterrizaraban.

Mamá pedía a gritos que entráramos a la casa cuando a lo lejos, desde las faldas de la sierra, se escuchaba aproximarse a un tipo "engasado". El engasado prorrumpía en insultos incomprensibles pero amenazantes, mientras se acercaba haciendo eses. Después supe que un engasado era sólo un bolo bravucón. Al día siguiente, el coco de los niños era un vecino pacífico y amable.

Un tipo vestido de negro también y de sombrero blanco, el señor Macús, llegaba a su casa lanzándole de tiros a las nubes, en pleno centro, en la Tercera Calle Poniente, a dos cuadras y media de la comandancia municipal. En lugar de angelitos, del cielo podían caer abatidos zopilotes o zanates. El arma era una cuarenta y cinco, aseguraban. De lunes a viernes el señor Macús desempeñaba apacible y cabizbajo su oficio de zapatero remendón.

En mis primeros veinte años oí de asilos para ancianos y de orfanatos y de hospitales. Nunca de un psiquiátrico, de una Casa de la Risa. ¿Dónde había nacido yo? Ni el barrio ni el pueblo tenían a su loco legendario. Ya en el DF, sospeché que si en cualquier familia había uno quizá lo amarraban a la cintura de algún palo de mango o al camastro, porque fuera un "loco de atar".



Felipe Posadas

No había dementes pero sí suicidas. Un tipo de edad madura se colgó de la rama de un árbol. Corrimos a verlo. Tenía yo como seis años. Mira, murmuró una vecina como de ocho años, de la cual estuve loco enamorado. Decían que ese árbol no daba nada... Pero da muertos.

Como reportero, cierta vez, entrevisté al psiquiatra Gonzalo Alemán. El tema era que, al parecer, había descubierto la cura del alcoholismo. Hay un centenar de enfermedades que producen la DMC, siglas de la disfunción mínima cerebral, dijo. La producen fiebres como el paludismo. La DMC es, en cristiano, la alteración del sistema eléctrico de la corteza cerebral.

La DMC torna nervioso en cierto grado a quien la padece. En grado superlativo recibe el nombre de epilepsia. Cuando el doctor Alemán recetaba el valproato de magnesio, y ese paciente era por añadidura alcohólico, se le quitaban las ganas de empujar el codo. Algunos dejan de beber y otros de sufrir lagunas mentales.

Más adelante supe que un estudio en Inglaterra había revelado que la mayoría de los dramaturgos son homosexuales. Ahora sé que la mayoría de los escritores tienen problemas de neurosis. Lo contrario de músicos y pintores. Quién sabe cuántos músicos mediocres hubieran sido buenos escritores, como Alejo Carpentier, o al revés, buenos músicos y no escritores.

Muchos artistas se llaman a sí mismo chiflados, excéntricos. Pero les importa un diputado local saber si son bipolares, esquizofrénicos o paranoicos. No tienen tiempo. Aprovechan las horas para crear... La neurosis se cura escribiendo, dicen.

Por eso cuando Gustavo Gonzalí me dijo en La Mesa Redonda que el Soconusco estaba bien en ese aspecto, de inmediato le pregunté: ¿De qué hablas? Gonzalí es un especialista en el Soconusco. Si bien no lo sabe todo sí sabe que la población de la costa de la selva con problemas en la "calabaza" no excede los porcentajes ¡normales! Según la ONU, la carne de psiquiatra de cualquier conglomerado de habitantes, en equis parte del planeta, no debe exceder de quince por ciento.

¿Cómo estamos en el Soconusco?, le pregunté a Gonzalí. ¿Tenemos veinte, treinta por ciento? Recordé el paludismo, los males respiratorios, el ADN. No, dijo Gonzalí. Estamos en el límite.

Entonces me empujé lo que restaba de mi espumosa. La bebo siempre en vaso para huir del engasamiento. Lo que no he podido disfrazar es una risa de lado y una mirada maniaca. Risa y mirada como las de Jack Nicholson en El resplandor o la de Jimmy Carrey en La máscara. Sonrisa y mirada se me vienen a mi cara de fierro al terminar una Turbo y sentir que ha quedado casi tal y como la concebí en la parte oscura del alma. ■